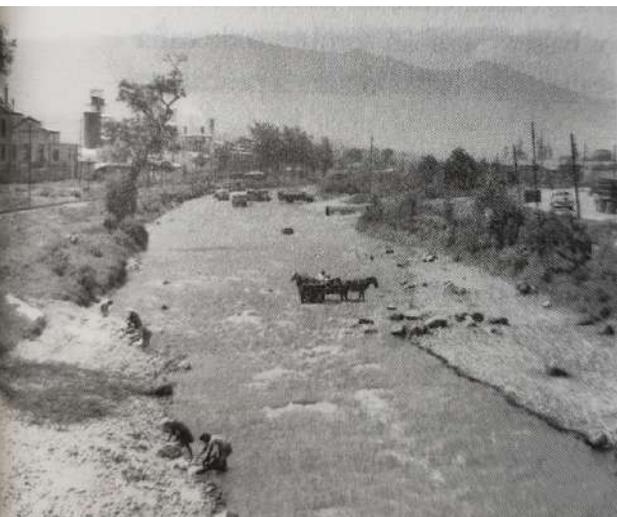


# Mi río

## Reconstrucción por Pedro Nel Valencia

Aquí está, para los incrédulos, el río Medellín cuando dejaba pescar y navegar y nadar. Historia de un río terco, empeñado en sobrevivir



**E**n aquellos días Medellín parecía absolutamente feliz. O por lo menos tenía un bello motivo para estarlo: un río transparente, lleno de follajes, peces y pescadores en balsas, cruzaba la ciudad. El río jugaba entre meandros y serpenteaba en el valle, hasta que alguien tuvo la idea de amarrarlo como a un loco, tarea que sería bastante difícil.

Ya en 1717, como consta en un acta del cabildo de Medellín, el alférez Don Juan Zapata y Múnera y Don Antonio de Yarza, alcaldes ordinarios de nuestra señora de La Candelaria, hablaban de “la falta de caminos en la otra banda del río” por lo que los vecinos debían “andar por las aguas del río y quebradas” lo que hacía que en tiempos de lluvias se viviera el aislamiento total y “administrar los santos sacramentos a los enfermos no se puede ejecutar con brevedad”.

El primer puente se construyó sobre la calle Colombia después de 1846, cuando vino a Medellín el presidente general Tomás Cipriano de Mosquera y quedó impresionado por la incomunicación entre la ciudad y el occidente del Valle de Aburrá. Como se le dijo que no había plata en el tesoro público, prometió enviar, y mandó 20.000 pesos.

El segundo, que aún se conserva, fue el puente de Guayaquil, que comunicó la ciudad con el sur del Valle de Aburrá. Fue construido por el ingeniero alemán Enrique Hausler, y fue allí el sitio donde se ejecutó la últi-

ma pena de muerte decretada oficialmente en la ciudad. El puente se hizo de ladrillo pegado con argamasa, compuesta de sangre de animales, arena, cal y un poco de cabuya o tejido de costal.

El río tenía numerosos charcos y la gente salía a pasear por Itagüí, Envigado y Bello en carretas: unas plataformas de madera, con bancas, baranda y techos, y con ruedas de madera protegidas con hierro, y arrastradas por caballos. Los ricos finqueros de las orillas no ponían problema para que la gente fuera a los charcos del río y a sus mangas. Por el contrario se ofrecían a calentar las comidas que llevaban los paseantes.

A principios de este siglo, las viejas crónicas aún describen al río como muy bello, limpio y con un follaje espeso que colgaba sobre las orillas. En 1916, Jean Peyrat, en su *Guía de Medellín y sus alrededores*, invitaba a que se visitara el puente de Colombia para ver la canalización del río y el trazado en ambas orillas de avenidas de 30 metros plantadas de árboles, bautizadas con el nombre de paseo de los Libertadores.

Había un mercado de maderas y cañabrava en sus orillas, entre los puentes de Las Américas (hoy de San Juan) y el de Colombia. Los balseros usaban sombrero de caña blanco, pantaloneta hasta la rodilla y la gente paseaba en las balsas o salía a pescar en ellas.

El río era navegable desde Sabaneta hasta Medellín casi todo el año. Los balseros traían víveres, plátanos, yuca, aguacates, panela, maderas para construcción y otros productos desde el sur del Valle del Aburrá.

En crónicas de 1924 se decía que hacía años el municipio estaba canalizando el río para mejorar la parte baja de la ciudad y defenderla de las crecientes y hacer la alcantarilla. La primera canalización fue con trinchos de madera, piedra y cañabrava, y con la siembra en sus riberas de árboles con profundas raíces. El enemigo de esto era la mala composición del suelo: limo y arcilla y debajo cascajo y arena y la obra se la llevaba el río fácilmente.

Luego se hicieron revestimientos de hormigón entre el puente San Juan y el puente de la vía al mar “para mantener el río quieto”. Al pasar los años todo fue devorado por el río.

Los puentes eran lugar de paseo y encuentro. En una fotografía del puente de San Juan se ve un caballo y una lavandera con un *atao* de ropa en la cabeza. Estas mujeres con el agua del río hasta las rodillas, con el pelo recogido, lavaban la ropa en una gran piedra colocada en la orilla y la secaban en cuerdas de cabuya puestas entre los troncos de los árboles.

En otro retrato, varios jóvenes en cicla con boinas en la cabeza, conversan

recostados en los muros del puente de Colombia. Tomás Carrasquilla describía el paso de las damas mañaneras que salían a bañarse al río y luego subían por San Benito con cabellera al aire y pañolón terciado, y lamentaba que el río hubiese sido puesto “en cintura; metido en línea recta” porque perdió sus movimientos. También narraba los paseos a las mangas, con mucho quesito y panela, y para completar la gente se hartaba de guayabas y naranjas.

Los muchachos se volaban del colegio, se iban de baño y aprovechaban para cortar palos de guayabo que luego, en gallada, llevaban a donde Canuto, un popular personaje que tenía un torno en el cual, ante sus ojos, les hacía trompos con el guayabo “Canuto, viejo puto, que hace un trompo en un minuto”, rezaba un dicho en los años 30.

En 1940 se intentó la segunda canalización del río. Entre ese año y 1941 se rectificó entre Argos y la Aguacatala, pasando la longitud del río en ese trayecto de seis a cuatro kilómetros. El muro de la canalización se armaba dentro de una estructura de cañabrava. En El Poblado se hizo un puente para darle salida a este barrio hacia el aeropuerto Olaya Herrera. Ese mismo año un fotógrafo, desde un avión de Avianca, tomó las primeras imágenes aéreas del río. “Las vistas se exhibieron en las oficinas de Avianca tres semanas y la concurrencia fue enorme y constante”.

En esos años, se argumentó que la canalización era lo ideal por la higienización y urbanización de la parte central del Valle del Aburrá y porque permitiría la construcción de dos arterias centrales, que sumarían 40 kilómetros, para absorber el tráfico principal del Valle del Aburrá.

Igualmente se quería acabar con los meandros del río porque “no se puede olvidar que hoy todo el valle es palúdico, pero especialmente Bello, Acevedo y Guayabal, habiéndose presentado casos hasta de fiebre perniciososa”.

Con esa canalización el río quedó como una línea verdosa en medio del valle, tocada a lado y lado por las sinuosidades en arena blanca dentro del viejo cauce seco, que iba dando tumbos, aquí hacia la izquierda, más allá hacia la derecha, en su trazado natural comenzado hace milenios.

Con el tiempo el río en algunas zonas como La Aguacatala se ahondó entre 6 y 10 metros. El material erosionable de la zona central del Valle del Aburrá hizo que el río retomara antiguos cauces. El puente construido entre El Poblado (por donde ahora es la 10) y la otra banda, quedó en seco y uno de sus estribos falló y se perdió la obra.

Ante el fracaso de tantas canalizaciones, el municipio contrató al ingeniero

**La motos tienen dos tiempos: invierno y verano**

inglés Mr. Barton M. Jones quien en 1952 presentó un informe sobre cómo continuar la obra con seguridad y economía. Recomendó, entre otras cosas, que el revestimiento de las paredes del cauce se hiciera con placas de hormigón más espesas y que estas fueran inclinadas 33 grados con respecto a la horizontal, en vez del sistema de muros casi verticales que era lo que se hacía hasta entonces. Las placas para que fueran estables debían penetrar alrededor de un metro y medio por debajo del lecho del río.

Sus propuestas fueron acogidas. En 1960 estuvo lista la canalización entre Cristo Rey (Guayabal) hasta el puente de Colombia, y en los años que siguieron continuó hacia el norte. El último tramo canalizado, en la zona de Acevedo, fue parte de la obra del Metro.

Así se completó “la metida en cintura” del río Medellín, por causas justificables o no, a su paso por la zona central del Valle de Aburrá, proceso que coincidió con la creciente contaminación y muerte del cauce. Ahora algunas orillas reverdecidas y los *bote-paseos* imitan al menos el viejo esplendor del río, que se espera reviva con los planes de recuperación que tiene la ciudad.

## **En busca del río perdido**

Como no hay mal que dure... la ciudad ha pensado en una respuesta al problema de la muerte del río. De un lado está el ambicioso plan de rehabilitación del río emprendido por Empresas Públicas, con colectores y plantas de tratamiento que recogerán las aguas contaminadas y las sanearán antes de caer al río; la obra vale más de 400 millones de dólares y se espera que para principios del siglo 21 se pueda volver a usar el río contaminado con fines recreativos.

Por otro lado, complemento de lo anterior, está el Instituto Mi Río, cuyo nombre real, según nuevo acuerdo del Concejo municipal es “Instituto para el Manejo Integral de la Cuenca del río Medellín y sus Quebradas Afluentes”, que estaba en entredicho jurídico.

Ahora, el Instituto Mi Río, según este nuevo acuerdo, financiado con recursos del Municipio y de las Empresas Públicas de Medellín, tendrá como objetivo todas las actividades para el manejo integral del río y las quebradas de Medellín, en todos sus

aspectos, exceptuando el manejo de las aguas residuales y del alcantarillado, que es el plan central de descontaminación, a cargo de Empresas Públicas.

El acuerdo dice que el instituto no podrá destinar más del 20 por ciento de sus ingresos ordinarios a gastos de administración, salvo circunstancias de *fuera mayor*. Hasta ahora Mi Río había tenido una labor controvertida, atendiendo las cuencas de algunas quebradas y con programas de embellecimiento de las orillas del río. Tenía además, otro poco de buenas intenciones, bajo la saludable filosofía de que es necesario que toda la comunidad del Valle de Aburrá se apropie del río y lo quiera y para eso llevó a su cauce buena parte del alumbrado navideño para volver a recorrerlo por la orilla.

De aquí para adelante lo que se espera es que el Instituto haga realidad esa filosofía tanto respecto al río Medellín como al medio ambiente en general del Valle de Aburrá.

**Abril de 1995**